

## Improvisación<sup>19</sup>

*Se trata de un discurso brindado en New Islington Hall, Ancoats, Mánchester, el 18 de noviembre de 1894. Cuando Morris contaba con escasos sesenta años, pero, sin embargo, le quedaban menos de dos años de vida.*

Así como otras épocas son llamadas, por ejemplo, la Era del Conocimiento, de la Caballería, de la Fe, y así sucesivamente, creo que a la nuestra se la podría llamar la “Era de la Improvisación”. En otros tiempos de la historia del mundo, si no se iba a poseer una cosa, la gente se las arreglaba sin ella, y así terminaba la cuestión. La mayoría de las veces no eran conscientes de la falta. Pero hoy, que somos tan ricos en información, sabemos de tantísimas cosas que no tenemos y que podríamos tener; y, como nos desagrada aceptar la pura y simple carencia, reemplazamos lo que nos falta con un sustituto; y, una vez más, me temo que es justamente en esa insistencia en las improvisaciones donde radica la esencia de lo que llamamos civilización.

Ahora quiero recorrer algunas de estas improvisaciones, para ver cuánta maldad y cuánto bien hay en ellas; y cuánta esperanza se puede tener para el futuro. Porque debo aclararles que si bien he venido hoy a protestar, me parece que limitarse a la protesta ante un estado de cosas sin intentar solucionarlo es una empresa fútil.

Es muy probable que piensen que muchos de los ejemplos de improvisación que les dé carecen de importancia, pero lo cierto es que ella está tan minuciosamente entretejida en la red de la

---

<sup>19</sup> El título original del texto es *makeshift*, que significa muchas cosas parecidas, pero no iguales; que comparten un halo de negatividad e inconveniencia: provisional, imitación, improvisación/improvisado, sustituto, sucedáneo, precario... Entonces, se trata de un concepto donde conviven versiones de lo que no es perentorio y está mal hecho; implica una falsificación con respecto al original al que está suplantando *injustamente*. De modo que, aunque Morris usase siempre la misma palabra, nosotros preferimos adecuarla al sentido más comprensible en español, porque no es lo mismo hablar de una civilización que de una prenda de vestir.

sociedad presente... Hay tantos casos que me limitaré a recurrir a los que conozco personalmente. Aunque al final creo que estaré en condiciones de demostrarles que la suma de todos ellos reviste la suficiente seriedad; a saber, que la vida de la civilización no es otra cosa que una versión improvisada de lo que la vida del Hombre en la Tierra debería ser.

Ahora, voy a empezar por la base de la escala; con los pedestres asuntos del comer y el beber. ¿Que no tenemos improvisaciones allí? ¡Ay! Sólo demasiadas. Todos habrán escuchado acerca de eso que llaman pan, pero sospecho que muy pocos han probado el “artículo” real, aunque están lo suficientemente familiarizados con la imitación, una imitación que sin dudas viene de larga data. En mi juventud, el pan genuino era consumido en las zonas rurales, pero no era vendido mayoritariamente en las ciudades; pero ahora el pan hecho por los panaderos de pueblos pequeños es peor que el de la ciudad. Porque la gente de campo, por lo que conozco, ha dejado de hornearlo en su casa para comprárselo al panadero del pueblo. Hasta treinta años atrás, se lo solía hornear en las casas rurales y en casi todas las de nuestro alrededor (en Oxfordshire, Gloucestershire) podrán ver los hornitos redondeados hechos detrás de la chimenea. Pero, como he dicho antes, nunca se los usa hoy en día. Podrán decirme que la gente hornearía si aún quisiera hacerlo. Pero no, no puede. Porque, para hornear una buena hogaza deben tener harina de calidad, y eso es inconseguible; el ideal del molinero moderno (me parece que importado de América, de aquella tierra especializada en la precariedad) parece consistir en la reducción de los granos de trigo ricos y aceitosos a un polvo particular, parecido a la tiza. La blancura y la finura parecen ser los propósitos, a expensas de las cualidades que el paladar pudiera descubrir.

Entonces, como ven, el pan hoy no es consumido por casi nadie; y a esto deben entenderlo como una característica esencial de la precariedad de esta sociedad, que está impuesta a toda la población, y que en muy poco tiempo acaba reemplazando por completo al artículo genuino y original.

Tomando otro ejemplo de precariedad, supongo que no pasará mucho tiempo hasta que la manteca deje de hacerse y su lugar sea tomado por la margarina. Ya es extremadamente difícil obtener manteca fresca, tanto en el campo como en la ciudad. Como se sabe, hacer las cosas bien es complicado, por eso ahora se la produce con un criterio subordinado al refrán: “Evitar problemas, ganar dinero”. ¿Y a quién le importa lo demás?

Ahora, ya habiendo mencionado dos típicos e importantes artículos comestibles, no me quedará mucho más en esta materia; pero antes de abandonarla, les recomiendo la lectura de *Cottage Economy*<sup>20</sup> de William Cobbett, tanto porque se trata de un librito encantador que pone en evidencia los contrastes entre el hoy y el ayer, como porque nos da una muestra del avance veloz de la improvisación en estos aspectos de la vida.

---

<sup>20</sup> *Cottage Economy*, de 1821, es un libro curioso y útil, que predica la autosuficiencia en el campo; enseña tanto a criar conejos, como a fabricar pan o cerveza, etc., etc. Todo, desde una ideología libertaria.

Para ver cuán fácilmente nos satisfacen los sucedáneos en lo que respecta a la vestimenta, sólo es cuestión de mirar alrededor. Si se observa cualquier gentío moderno, sin importar si se trata del típico ir y venir de la gente que anda por las calles por trabajo o por placer, o si se trata de una determinada reunión política o por entretenimiento, o lo que sea, el color general de la multitud es un sucio y tiznado negro-marrón-gris, con algunas manchas de discordantes y mal escogidos tintes brillantes, atribuibles siempre a la parte femenina. Ahora, si nos preguntásemos cuál es el impedimento para el uso de colores armoniosos y bellos, no podría nadie hacer más que atribuírselo a la tiranía de la vestimenta corrompida.

Como la forma de nuestra vestimenta es tan horrenda, si la viese un recién llegado al planeta seguro miraría nuestro aspecto como un indicador de la degradación del nivel de vida. Incluso las mujeres, que tienen más licencias en el asunto que los miembros “del sexo no ornamental”, nos son de poca ayuda; pude notar que si llegan a usar un vestido de forma hermosa la moda pasa más rápido que nunca; mientras que persisten los ejemplos de deformidad, como por ejemplo el horrible fruncido en los hombros, que aún es habitual y seguramente dure mucho más. Aquí, de nuevo, en lo que respecta al vestir, la improvisación es lanzada sobre nosotros y sobre todos, con su agobiante tiranía; porque aunque estamos tan lejos de vestir decentemente, aún resulta difícil emitir una mera protesta al respecto, por fútil que esta sea. Incluso hoy, ustedes podrán pensar de mí lo peor por haber tocado el tema. Pero permítanme dar un último golpe sobre este tema, para preguntarles: ¿Qué piensan ustedes de los zapatos ordinarios usados por la presente generación, y de todas las consecuencias que ellos implican para nuestros pies y nuestras piernas?

Nuevamente, y aunque no dudo que sea un asunto de poca importancia: ¿Quién puede comprar buena cubertería, aunque ésta tuviese un alto coste? Treinta años atrás eso hubiera sido posible, no hace tanto. No se compra en cualquier lugar un cuchillo que tenga un filo que corte para siempre. El otro día perdí una tijera de uñas que cortaba bien, que tenía desde hacía mucho tiempo; fui a comprar otra y... tuve que adquirir tres, antes de llegar a la cuarta, que corta sólo un poco mal.

No considero que reflexionar sobre los entretenimientos públicos sea un tema frívolo; pienso, por el contrario, que se trata de un asunto muy serio, que los estándares de excelencia en los teatros tienen que ser bajísimos, en la medida en que semejantes improvisaciones penosas nos son impuestas a expensas del trabajo de mucha gente honesta que no tiene nada de tonta. Lo digo en serio, porque sé cuál es la triste razón que permite que eso suceda, a saber: que la mayor parte de los habitantes de las ciudades viven vidas tan infelices; que su trabajo es tan soso y su descanso tan vacuo, y se encuentran con frecuencia tan cansados por la sobrecarga laboral, que cualquier cosa que pretenda ser un entretenimiento los atraerá. Sé mucho de esta funesta falsificación porque soy uno de aquellos afortunados que trabajan con constante placer. Por lo tanto, soy consciente de que no me atrae mucho de lo que se suele llamar entretenimiento; aprecio completamente el beneficio del descanso puro, pero, a decir verdad, lo que verdaderamente me entretiene más es un momento de tranquilidad en el que pueda trabajar libre de distracciones, sin la ansiedad rondándome. Y estoy seguro de que así